

amor? Éstas se nos aparecerán, no con la imperfección de su ejecución en la tierra, sino en todo el ideal de los purísimos y santos pensamientos de los que las concibieron.

LA ARQUITECTURA CRISTIANA

Su poder y su unidad de acción.—La basílica.—El monasterio.—El mueblaje y los vasos sagrados

La arquitectura tiene un origen religioso, y ante todo procuró y buscó la belleza en sus líneas y en sus proporciones con el fin de honrar á la divinidad; y jamás embelleció la habitación del hombre sino después de haber elevado los monumentos de su culto, los cuales expresan el carácter y la grandeza de las creencias y obsequios que se les tributaron. El Cristianismo, al traer la verdad y la ilustración al mundo, debió, por consiguiente, ejercer una gran influencia sobre la arquitectura é inspirarla ideas y obras que fueran dignas de la superioridad de sus dogmas.

La arquitectura acompañó desde luégo á la Iglesia en las catacumbas para cavar en ellas las galerías tan profundas, para alinear los sepulcros de los mártires, para disponer y preparar las habitaciones en que habían de celebrarse los divinos misterios, para trazar los arcos, decorar las bóvedas y para soportar por trescientos años una vida heroica y sangrienta, única con que podía alcanzarse la victoria. Luégo que con el triunfo de Constantino, juntamente con la libertad, la fué dado el derecho de gozar de la luz del día, quiso la Iglesia edificios dignos de

sus misterios, de su doctrina y de su culto, porque no la convenían los templos antiguos del paganismo. Sin embargo, se aprovechó de algunos y los consagró para que la sirviesen como preciosos despojos de los dioses vencidos, y eligió para sí la basílica romana, y, por lo tanto, la arquitectura debía ser propia y acomodada al nuevo destino y al fin más noble y más alto del templo católico.

La basílica era un monumento abierto al pueblo por la autoidad del soberano; allí era donde le administraba justicia. La entrada á ella era fácil para todos; una nave central y dos laterales permitían la circulación sin necesidad de causar ruido ni desorden; á la extremidad se hallaba el lugar destinado para los jueces, y allí era donde la ley sancionaba las transacciones y castigaba á los culpables. Ese edificio era de esa manera el centro de la vida social, y por su nuevo destino se convirtió en centro de la vida religiosa. El Rey de los reyes hizo de él su basílica y el asiento de su justicia y de su misericordia.

Es muy interesante el estudiar esa transformación de la basílica y su apropiación y destino al culto católico desde Constantino hasta el Renacimiento. La basílica de San Pablo fuera de las murallas de Roma es el tipo más notable de ella por razón de su antigüedad y de su grandeza. La basílica de San Clemente ofrece también el modelo más completo de ella. Nosotros vemos á la Iglesia organizar allí su liturgia y dar á cada uno y á cada cosa su lugar y su razón de ser.

Todo objeto visible representa allí cosas invisibles, y la iglesia material es figura de la Iglesia espiritual de Cristo, que fué edificada sobre el plano de la cruz, y cuyas piedras vivas son las almas, sus pilares los Apóstoles; sus puertas son las tres divinas Personas en cuyo nombre se entra en ella, y las luces de las ventanas son los dones del Espíritu Santo que bajan de lo alto. Así todo es en ella enseñanza y símbolo; pero nosotros no nos proponemos escribir aquí un curso de arqueología sagrada, ni traducir el *Racional* de Guillermo Durand, sino que queremos solamente comparar en pocas páginas la arquitectura cristiana con la arquitectura del paganismo y de la antigüedad.

Se juzga y aprecia una obra de arte por el efecto que produce, y la impresión que causa es la medida de su mérito. Los monumentos religiosos de la antigüedad no nos son ni nos dejan indiferentes, por más que las creencias que ellos expresan no sean las nuestras. Admiramos las moles imponentes de los templos de la India y del Egipto, y nos encanta también la arquitectura griega, que resume, compendia y perfecciona toda la arquitectura oriental por medio de la pureza de sus líneas y la elegancia y buen gusto de sus proporciones. Pero toda esa belleza es exterior; y cuando se penetra en los monumentos del panteísmo de la India, y por entre largas filas de esfinges se llega á los grandes salones de Isamboul ó de Karnac, se siente, en medio de la innumerable multitud de figuras simbólicas, una especie de vértigo producido por la confusión de ideas y por el

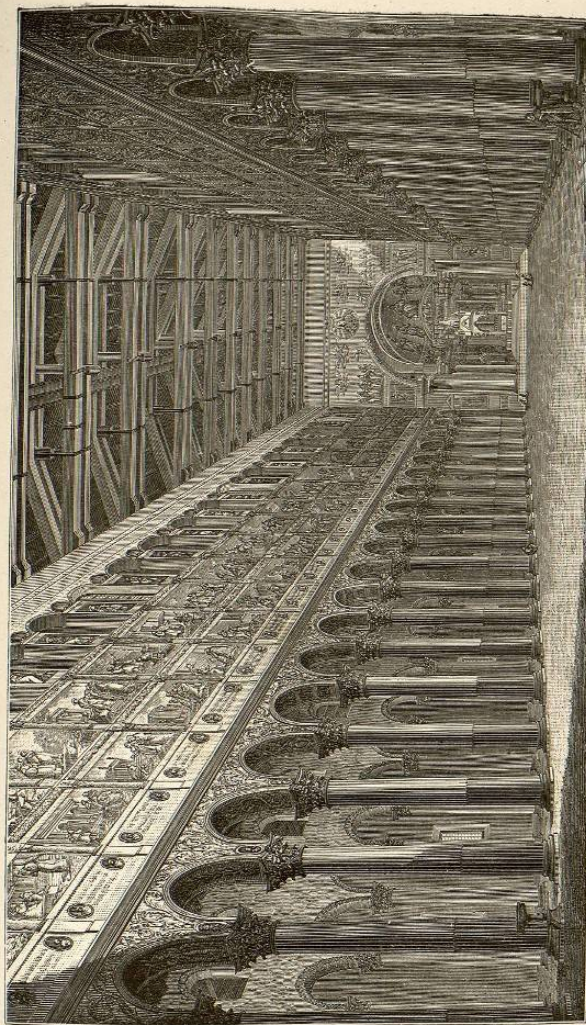


Lámina 148.—Basilica latina: Interior de la basilica de San Pablo extramuros, en Roma, construída por los emperadores Teodosio, Arcadio y Honorio (380-415) y destruída en el incendio de 1823. Según Panini.—Esa basilica estaba decorada con pinturas del siglo V y con la colección de los retratos de los romanos Pontífices, comenzada por San León el Grande en el año 611.

misterio de las iniciaciones. No se encierra ni se guarda simpatía alguna para los dioses destronados. Ni la estrecha *cella* del templo griego contiene ya seducción alguna, sino que se abandona la estatua en su soledad por ir á respirar más libremente bajo el pórtico, á la sombra de sus bellas columnas y de sus cornisas.

No sucede lo mismo con la arquitectura cristiana, cuyo fin no es el levantar un monumento para hermoear un paisaje, sino que se propone ante todo, sin olvidarse ni desdeñar las formas exteriores, crear un mundo interior, un medio en donde el hombre esté aislado de las cosas de la tierra, para ponerle en presencia de lo Infinito. Ella, á imitación de Dios, lo dispone todo con número, peso y medida, y combina las líneas y las distancias, regula la perspectiva y distribuye la luz de manera que resalte por todas partes lo que constituye la belleza: la unidad, el orden, la conveniencia, la armonía, la paz, la variedad y la claridad. Ella ha logrado tan perfectamente su fin, que ninguno puede entrar en nuestras catedrales sin sentir en ellas una impresión grandiosa y admirable, que arrebatara el corazón creyente y seduce áun al más indiferente. Lo dijo Montaigne en estas palabras: «No hay alma tan endurecida que no experimente un sentimiento de reverencia y de respeto al considerar la grandiosidad de nuestras iglesias, la diversidad de ornamentos, el devoto sonido de nuestros órganos y la armonía tan pausada y religiosa de nuestro canto.»

La Iglesia, adoptando enteramente como tipo de sus edificios religiosos la basilica romana, no por eso ha rechazado sistemáticamente alguna de las otras formas, sino que, por el contrario, ella misma ha purificado y utilizado monumentos paganos de construcción muy diferente, y ha dejado á todos los pueblos que ha conquistado para la verdad el edificar sus templos según su genio, su clima y sus materiales; y así se explica la variedad de arquitectura que se nota en Italia, Francia, Alemania, España, Inglaterra y en el Oriente. Se advierte bien que hay un punto común de partida, una unidad de doctrina y de inspiración, cuyo centro ha sido Roma; pero se conoce por doquiera que la mano del hombre ha obrado con entera libertad, en sus monumentos, en el carácter de su siglo y de su nacionalidad.

La arquitectura bizantina figura en primer grado por sus fechas y por la influencia que ha tenido en nuestras comarcas, aunque no conviene, sin embargo, exagerar esa influencia. Santa Sofía, de Constantinopla, es uno de esos edificios célebres, que se ensalza hace mucho tiempo para atreverse á criticarle; pero no cabe duda que es una obra de decadencia, más notable por sus dimensiones que por su belleza; no tiene relación alguna con la arquitectura de los griegos antiguos, y es inferior á las basílicas levantadas por Constantino. Justiniano se inspiró en las termas de Roma y en los palacios de los emperadores; venció dificultades, levantó edificios imponentes, superó en di-

menciones las obras conocidas; pero Santa Sofía no es tanto una maravilla de arte como un prodigio de construcción.

Los principales caracteres de ese tipo de arquitectura bizantina son la cruz griega y la cúpula. La cruz griega es ménos favorable y ménos propia que la cruz latina para el conjunto del culto y para la unidad del monumento; pero tiene necesidad de ella la cúpula, que es como su centro y su corona. La cúpula tiene necesidad de ser vista desde todas las partes del edificio, y eso lo comprendió perfectamente Miguel Angel en el plano primitivo de San Pedro de Roma. Ella tiene un valor estético y simbólico, cuyo poder no han desconocido ni despreciado los arquitectos romanos, porque no es de origen bizantino, sino que los cristianos la recibieron de los antiguos y la habían empleado en sus baptisterios y aún en sus iglesias. Los artistas griegos que fueron llamados á Italia, á Francia y á Alemania, construyeron cúpulas en esas naciones; pero ellos se inspiraron más en modelos que ya existían en Roma que en Santa Sofía. San Vidal de Rávena, por ejemplo, y la iglesia de Carlo-Magno, en Aix-la-Chapelle, recuerdan mucho más á San Esteban de Redondo y á la *Minerva Médica* que el colosal edificio de Justiniano. La cúpula fué una excepción en nuestras basílicas latinas, y puede decirse que no tuvo éxito como efecto interior, porque interrumpe la perspectiva de las naves y oscurece frecuentemente la parte más importante de ellas. Citáremos á Santa María de las Flores, en donde la cúpula de Brunelles-

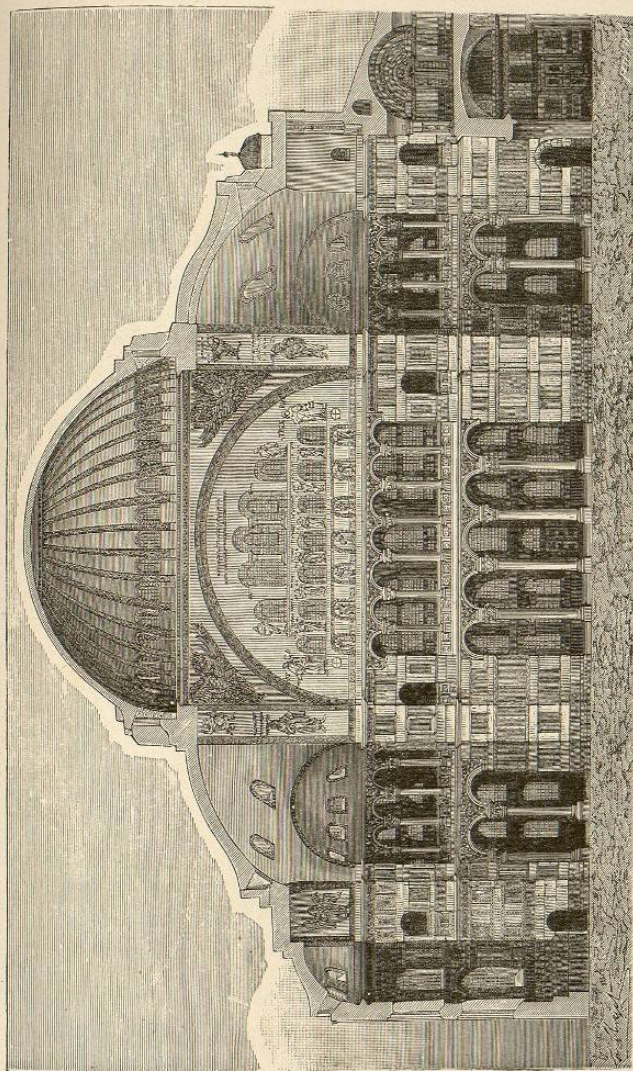


Lámina 144.—Arquitectura en cúpulas: Corte de la iglesia de Santa Sofía, de Constantinopla, del siglo VI, conforme á los Monumentos antiguos cristianos de Constantinopla, publicados por W. Salzenberg.

chi no deja bajar sobre el altar la hermosa luz de Florencia.

Ya lo dejamos dicho, la basílica romana es el tipo de la iglesia por excelencia, y le vemos empleado de siglo en siglo por los soberanos Pontífices en la capital del Catolicismo, y propagado y perfeccionado en toda Europa, hasta que por fin recibió de la arquitectura ojival su más completa forma, como también la más expresiva y la más cristiana.

Llamamos *arquitectura ojival* á aquella cuyo carácter dominante es el arco quebrado; y nos guardaremos mucho de llamarla *gótica*, porque este epíteto es una injuria tan falsa en historia como en arqueología. Los godos no tuvieron jamás arquitectura particular, sino que se sirvieron de la que encontraron en los países que conquistaron, y ellos habían desaparecido hacía ya mucho tiempo cuando los arquitectos adoptaron en los monumentos el sistema ojival.

La imaginación y la ciencia se han ocupado acerca del origen de la forma ojival. Los teóricos que pretenden que el arte sea una imitación de la naturaleza han opinado que el cruzamiento de las ramas y las sombras de nuestros bosques dieron la primera idea de ella. Algunos arqueólogos han creído encontrar su principio en algunos arcos quebrados de construcciones egipcias. Otros sostienen que es una importación oriental que nos vino de las cruzadas ó de los árabes de España. El arco quebrado puede existir accidentalmente como forma geométrica entre los egipcios, cuya arquitectura es todo lo que hay de más



Lámina 150.—Interior de la iglesia de San Vidal, en Rávena, construída por Justiniano. Siglo VI.

contrario al estilo ojival, puesto que la línea dominante de ella es la recta y la horizontal. Los árabes podrían tener más títulos para hacer valer á su favor el origen de ese estilo; pero ahora

es una cosa ya demostrada que Francia no ha tomado nada de ellos, y que, aún en España, sus bellos monumentos no han tenido influencia alguna sobre los monumentos cristianos.

Es evidente que el sistema ojival tuvo origen en nuestras comarcas, y, como es desconocido el inventor, se ha querido atribuir su creación á escuelas legas que, en el siglo XII, dieron á la arquitectura una dirección nueva y prodigiosa. Hay en eso toda una fábula científica y una novela imaginaria generalmente tenidas por verdaderas, una teoría que vincula á esas escuelas las franquicias y libertad de los municipios, el decaimiento del poder monástico y la aurora de las ideas modernas.

En la Edad Media, el arte no era ni monástico ni laico, sino que era cristiano. Los monasterios fueron necesariamente las primeras escuelas de él, porque sólo ellos recogieron los restos de la civilización antigua y enseñaron las letras, las ciencias y la industria en toda la Europa. Cluny y Citeaux fueron las grandes metrópolis de esa enseñanza; sus abades construyeron iglesias y claustros, como Luis XIV levantaba los Inválidos y Versalles, y sabían con ese fin formar y concebir un plan y elegir hombres para ejecutarle. Muchos de los abades y de los monjes fueron arquitectos, y su regla protegía el talento, alentaba á los industriales y desenvolvía todas las profesiones que se relacionaban con la arquitectura; pero jamás pretendieron ocultar los secretos de ese noble arte, y ménos el monopolizarle. La organización teórica y práctica de la arquitectura estaba toda en las

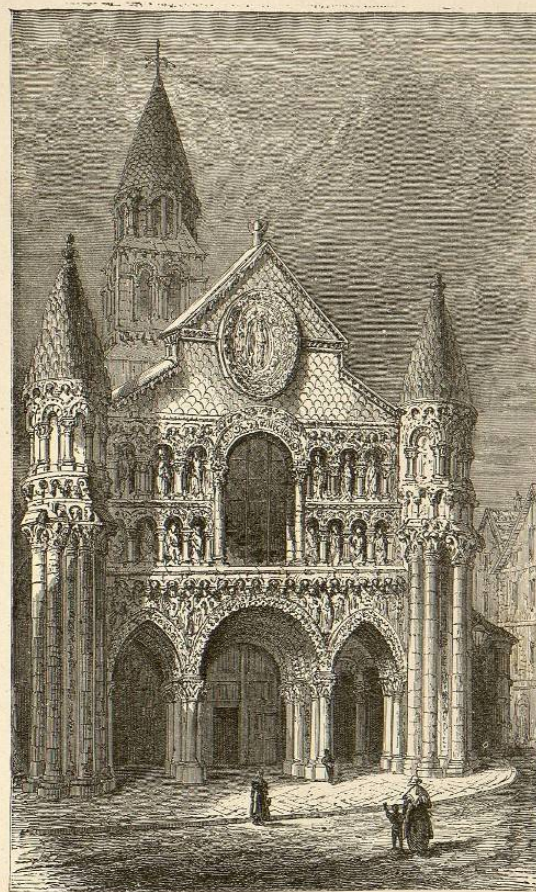


Lámina 157.—Arquitectura romana : Fachada de Nuestra Señora la Mayor, iglesia de Poitiers, del siglo XII.

asociaciones de artistas, cuyo origen data de la antigüedad, las cuales tenían el depósito de las doctrinas y la tradición de los procedimientos que ellas perfeccionaban y transmitían de gene-

ración en generación. Estaban jerárquica y legalmente constituidas; tenían privilegios, distintivos que las daban á conocer, medios de comprobar el mérito del obrero y de luchar contra la concurrencia de las medianías; se ayudaban mutuamente, mantenían relaciones con los grandes centros, propagaban los mejores métodos y activaban y generalizaban todos los progresos del arte. Esas asociaciones no eran posibles más que con la religión y con su influencia; pero en lo demás eran enteramente laicas, aunque muy adictas al clero y á la Iglesia, de la que recibían sus inspiraciones y sus programas, y jamás estuvieron en oposición con los monjes, los cuales se hacían algunas veces inscribir en el número de sus asociados.

Los monjes fueron en la Edad Media los protectores más distinguidos del arte, porque su inteligencia y su trabajo les habían proporcionado elementos de riqueza, y ellos fueron la causa principal del verdadero progreso y renacimiento de los siglos XI y XII. El adelanto é impulso que ellos habían dado al arte se aumentó después por la organización de los municipios y por el desenvolvimiento del poder real bajo Felipe Augusto y San Luis. Hubo entonces una noble emulación entre las ciudades por levantar magníficas catedrales, sin que existiera antagonismo alguno entre la arquitectura laica y la monástica. El abad de San Germán de los Prados confió á Pedro de Montereau la construcción de su capilla de la Virgen; los discípulos de San Francisco sacaron á concurso la construcción de la igle-

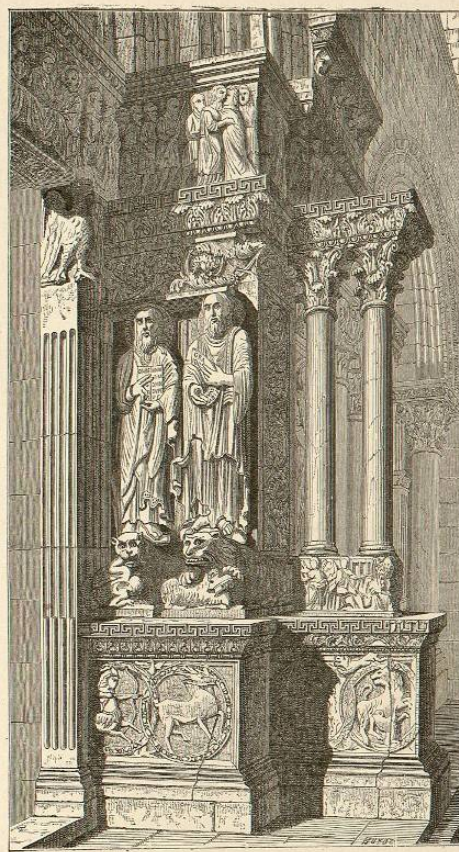


Lámina 152.—Arquitectura romana: Vista de la puerta principal de la iglesia de San Gil (Gard), Siglo XII. Según *La Arquitectura romana del Mediodía de Francia*, por M. Henry Revoil.

sia de Asís, y dieron la preferencia á Santiago Lallemand; Arnolfo di Lapo, gran arquitecto de Florencia, tenía por discípulos á los dominicanos Fra Sixto y Fra Ristoro, que edificaron

la iglesia de Santa María la Nueva, tan justamente alabada y admirada por Miguel Angel. Había, pues, unión y fraternidad entre los laicos y los monjes. Podía ser la arquitectura monástica por razón del carácter que la daban el espíritu y conveniencias particulares de la regla; pero como estilo, en nada se diferenciaba de la arquitectura de las catedrales. En aquella época, el arte era todo él enteramente religioso, y siguió siéndolo hasta el siglo XVI, en que perdió ese carácter y se hizo laico, habiendo principiado desde esa transición su decadencia.

La arquitectura ojival es el desenvolvimiento progresivo y regular de la arquitectura romana, y salió de ésta como sale la flor del tallo; y al mismo tiempo que es un medio de construcción es también una forma de la belleza. Su mismo nombre explica su nacimiento, y ya lo hemos dicho en la *Vida de Fra Angelico*. ¿Qué es, pues, un monumento, una obra de arquitectura? Es un conjunto de líneas rectas ó curvas, perpendiculares ú horizontales, combinadas á propósito para producir una impresión sobre el hombre; y para una iglesia es, sobre todo, un medio, un efecto de óptica creado por el artista. El estilo ojival y el arco de bóveda producen efectos diferentes; pero nosotros decimos que el efecto de la ojiva ó del arco quebrado ha sido inspirado por el efecto del estilo romano ó por el arco de bóveda.

Los arquitectos, al construir las iglesias con bóveda completa, empleaban arcos de piedra para sostener las aristas ó esqui-

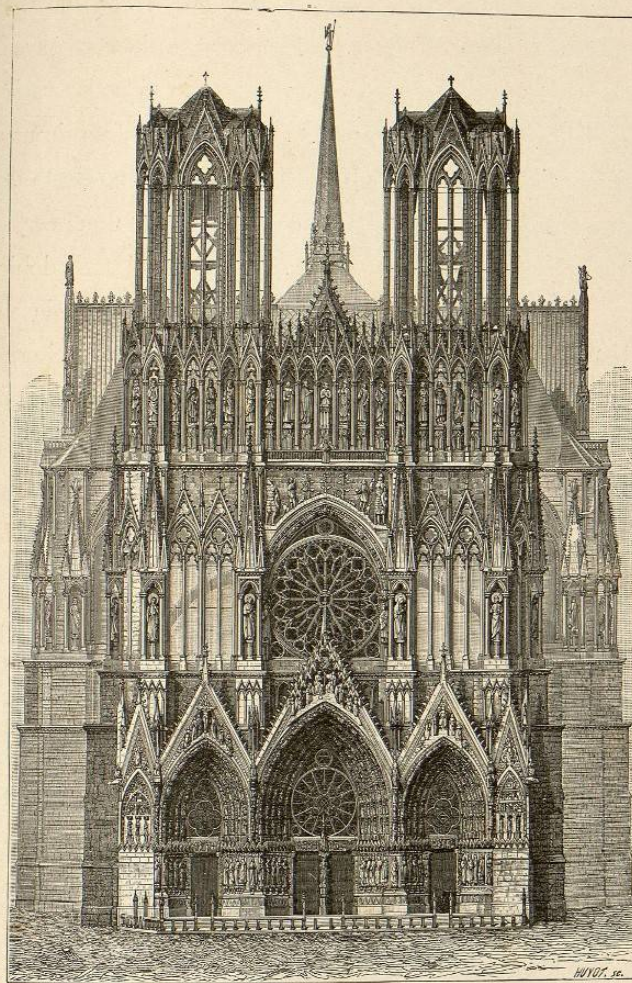


Lámina 153.—Arquitectura ojival: Fachada principal de Nuestra Señora de París antes de la restauración ejecutada por MM. Lassus y Viollet-le-Duc. Data de los siglos XII y XIII.